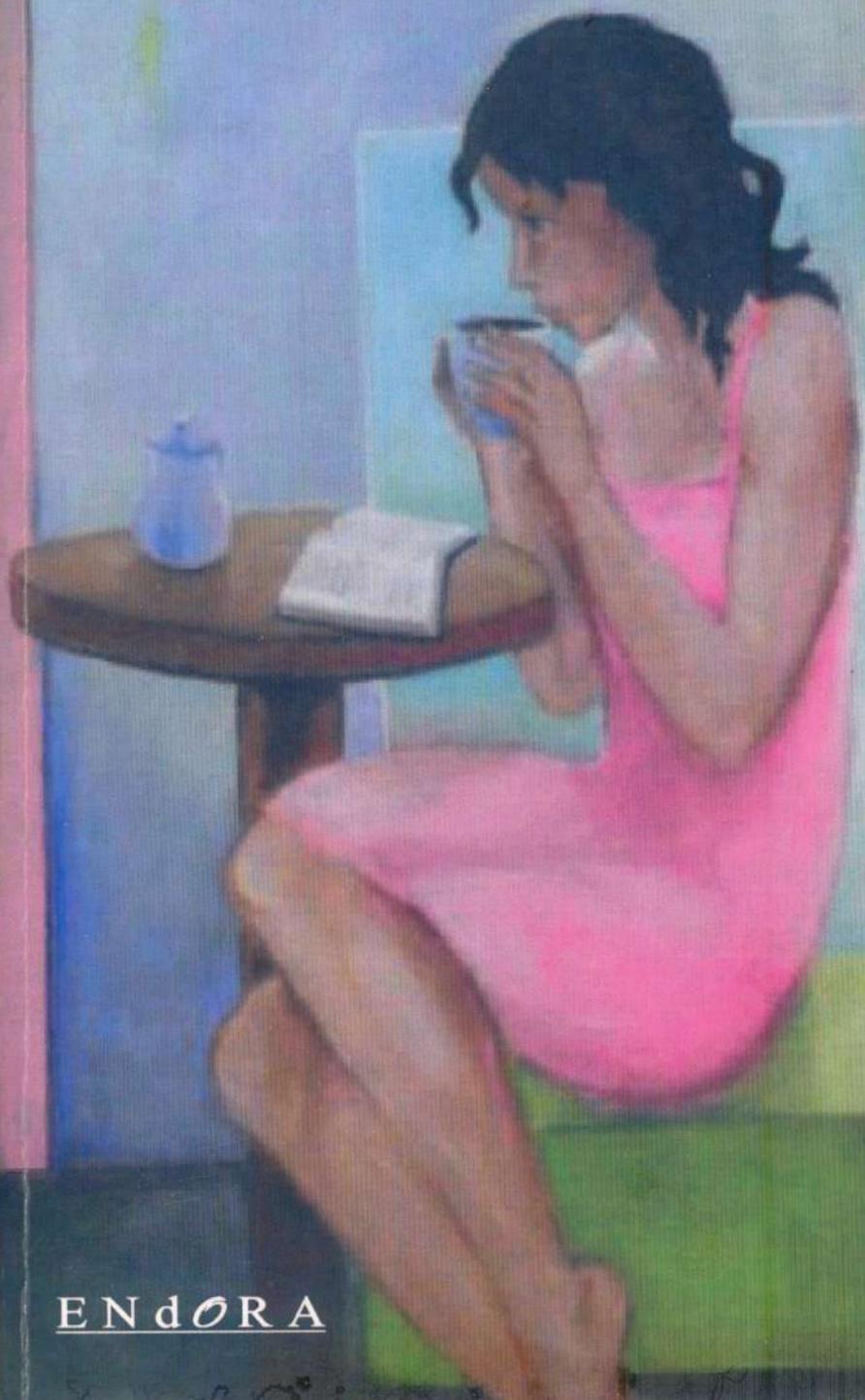


Cuentos del sótano V



ENdORA

A IMAGEN DE

Cuentos del sótano V

Mira por la inducción
en la misma masa
dina
de las baldosas de y
Vuelve al inicio
manta sobre las piernas
espaldas, el refresco
en las paredes, los
dormas producciones de
material lino de apr y
era una elegante
departan con el U
la arquitectura des
de piel de d
para convertirse en
agua de lluvia y el
mucha parte alguna a la
Entrecierra los ojos
ese tramo de delgado
con el pasado. Por la
en la
decenas de
en los días del que
lívia. Estas son

Dr © 2014 de cada uno de los autores

Endora Ediciones

El Rosedal, Coyoacán, México DF

www.endora.com.mx

Dirección editorial: Martha A. Villavicencio

direccion@endora.com.mx

Coordinación editorial: Merari Fierro

mferro@endora.com.mx

Corrección de estilo: Cristina Reynoso López

cristinareynosl@gmail.com

Imagen de portada: Frieda Mallén

friedamw@gmail.com

Primera edición: diciembre de 2014

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito del titular del Copyright, la reproducción total o parcial de esta obra.

Impreso en México

A IMAGEN DEL CREADOR

Cristina Harari Ontiveros

Mira por la reducida rendija de la ventana. Amanece y el cielo es la misma masa densa y gris de siempre. Se incorpora con dificultad, tropezando con las chanclas que dejó a un lado del reclinable y que había olvidado calzarse para no agarrar el frío de las baldosas de porcelana gris.

Vuelve al único sillón que aún conserva, se acomoda la manta sobre las piernas y mira a su alrededor: las ventanas tapiadas, el refuerzo de caucho colocado al metro treinta en las paredes, los estantes de acero inoxidable con paja y diversas provisiones sintéticas en lo alto, los platos del mismo material llenos de agua y dispersos por el piso, en la que antes era una elegante mansión; donde encumbrados personajes departían con él. Una de tantas edificaciones con lo último de la arquitectura electro-dinámica, recubierta con una fachada de piel de dióxido de titanio que desprende los radicales libres para convertirlos en un nitrato inocuo auto-limpiante con el agua de lluvia y el material anti-radioactivo que estuvo de moda hace algunos años.

Entrecierra los ojos, como si fuera a recordar algo, como si ese telón de delgada piel y que ahora lo ciega fuera a conectarlo con el pasado. En la habitación en la que se halla, al igual que en las demás de su hogar —que hoy puede llamar guarida— decenas de hologramas tapizan los plafones, testimonio de su ser físico, del que en la actualidad es un hombre de cien años. Éstas son evidencias de que él es él y nadie más, una

LA EXCLUSIVA, Ileri Campos Alva, 128
LA FELICIDAD, José Gutiérrez-Llama, 135
LAS GAVETAS QUE GOBIERNA LA MEMORIA,
 Javier López Mejía, 138
LA HISTORIA DE BÁRBARA JACINTO, Felipe Gaytán, 144
LA HISTORIA PRESTADA, Ángela Torres Herrera, 153
LA LIMPIEZA, Marco Valentini, 158
LA MONEDA DE SHANGHÁI, Rómulo Pardo Urías, 162
LA NIÑA DE LA CAJA BLANCA,
 Carlos Javier Aguirre Valderrama, 169
LA PATRAÑA HECHA HOMBRE, Alejandro Barrón, 172
LA PIPA, Emilia Negrete Philippe, 178
LA REFRANERA, Patricia Ruiz Hernández, 184
LABORES, Alfredo Ruiz Islas, 190
LAS BRUMAS DEL OLVIDO, Alejandro Meraz Moreno, 198
LEILA Y MESSAN, Iván Medina Castro, 205
CANEVÁ: LOS CARGADORES DE CARBÓN,
 Roberto Luviano, 210
LOS POETAS FRÍOS, Estela Guerra Garnica, 213
LOS PUÑETAZOS DEL DELIRIO, Martín Campa Martínez, 220
MARA, Teresa Bernal, 224
MARCA PATITO, Guillermo Carregha, 228
MÁSCARAS, Gabriela Espino, 235
MI VIDA, Eduardo Sierra Barrera, 240
MUERTOS POR AHÍ, Vladimir Rodríguez Martínez, 243
MURMULLOS, María Bertha Maldonado López, 250
NIEVE DE GUANÁBANA, Angélica Santa Olaya, 254
NUESTRO SECRETO, Elios Mitre, 260
PAVOR, Fortino Cisneros Calzada, 262

RÉQUIEM ANÓNIMO, Alfonso Santillán Olguin, 266
RUIDOS, César Téllez Brun, 271
SEMILLAS COMO POLVO DE ESTRELLAS,
 Blanca Alicia Armas Treviño, 277
DE AMOR, LOCURA Y SILICONA, Diana Colín García, 284
SUEÑOS AMERICANOS, Ray Manzanárez, 291
SUEÑOS PESADOS, Jorge Díaz Arellano, 297
SUERTE TE DÉ DIOS, José Francisco Hernández Sánchez, 302
UN CAPITÁN MUY AVENTURADO, Peter Dabdoub, 308
UN HOGAR LLAMADO AYER,
 Darwin Alejandro Téllez Méndez, 309
UN RETRATO MÁS EN LA PARED, Berenice Morales, 314
VESTIDA DE BLANCO, Edwin Figueroa Acevedo, 318
VISITANDO A PAPÁ, Miguel Angel Gallegos Esparza, 322
¡ZAZ, CULEBRA!, Erika Arlanzón, 330

LA MONEDA DE SHANGHÁI

Rómulo Pardo Urías

Todas las calles del mundo están llenas de baratijas similares, de envoltorios similares, de periódicos deshechos, de un registro de pisadas incesante. Hace tiempo, cuando la vida era predominantemente rural, la función de las calles era otra. Ahora su función parece un símil porque las calles son como mercados extenuantes y porque además responden a un algo mucho más grande que los diseños urbanos de Vitrubio. ¿De qué símil puede tratarse cuando se habla del campo? Los historiadores dicen que es el antiguo régimen, en el fondo se trata de una metáfora de formas de vida más próximas a los ciclos de la naturaleza. No por nada las calles representan la conjunción precisa de multitudes constantes y diarias. Eso que llaman modernidad, eso mismo, eso que es transitar por sitios con luz eléctrica y drenaje, con goteras y charcos de aguas sucias. Contra las novedades luminosas de Ginza o Times Square, los escenarios de los bajos mundos se localizan en la anatomía urbana oscura y tenebrosa de las favelas de Río de Janeiro o los campamentos de pepenadores en las cercanías de la Ciudad de México o de Buenos Aires. Luz y oscuridad, parámetros confusos de una regla extremosa, estratificación infinita de la ciudad y sus habitantes, algunos de los cuales viajan en primera clase por Continental Airlines y otros que ni siquiera logran pagar el microbús o el boleto del subte. Pero en La Habana —tenía que ser en La Habana— los caminos

que esconden el ron, los cigarros y las mulatas, entre el mar y el malecón, entre el guaguanco y el son, abren en un punto la gota de felicidad que supera ver cualquier cuadro de Vilhelms Purvitiis o de Rodolfo Abularach.

En 1989 no estaba seguro de tener un trabajo fijo. Es más, las ciudades me daban miedo. Estaba en su máximo esplendor el tema de ETA. La *Perestroika* desmoronaba los residuos de un comunismo ya agrio y caduco. La Comunidad Europea arrancaba un atisbo de consolidación. Yo no podía ni quería dejar mis campos de arroz en Lao Cai, no podía dejar mi pasión etnográfica, menos aún renunciar a contar la historia de la invasión china. Mi beca Fulbright aún estaba vigente y la traducción al catalán del trabajo de Nigel Barley, traducido y publicado al español por Anagrama al poco tiempo, me daba algo de créditos y unas monedas por derechos para hacer una vida dedicada a mi investigación. ¿Algo más? Tenía una cámara Sony Handycam de 8mm. Hacía excursiones en la provincia hacia Batxat, Sapa y Moungkhuong, realizando grabaciones con el fin de registrarlo todo para mi gran documental sobre la frontera entre Vietnam y China al concluir el siglo XX. Como una ostra abierta de pronto me encontré desnudo ante mi destino. Una llamada de la American Anthropological Association cambió todo de golpe. Era Phill Williams quien me hablaba para pedirme que fuera a Boston con urgencia. Algo había pasado. Phill pedía que olvidara la aventura oriental: —¿Quién diablos crees que eres? No he terminado mi grabación y mi etnografía está incompleta, ¿qué te pasa? —respondí con una ira auténtica y rotunda. La suya fue una respuesta más bien contundente: —Michael, Rebeca está grave de salud y quiere verte, me ha dicho que debe pedirte algo último.

Entonces, con el corazón sorprendido y los ojos llenos de lágrimas, tuve el valor de colgar, empacar mis cosas y buscar la manera de cruzar el pacífico. Fue eso lo que me condujo hasta Shanghái.

Esta noche es mucho más que una forma de recordar. Hoy que estoy aquí en La Habana, justo hoy, que han pasado ya veinte años desde ese momento en que abandoné Lao Cai. Nunca volví a Vietnam y hoy me pregunto por qué ni siquiera hice la edición de mis cintas. *Amor finat és el més dolç oblit*, diría mi poema favorito de la Barcelona de mis abuelos. Pero la travesía oriental fue un espejismo auspiciado por mi lectura de Margaret Mead o de Franz Boas. Cuando Phill, quien me decía Michael porque le costaba menos trabajo que decirme Miguel, me habló, habían pasado meses sin que tuviera noticias de Rebeca. Ahora estoy ahogado en ron. He tomado mojitos toda la tarde. Son las 9 de la noche. Ya no puedo fumar un cigarro más. Laura, la mulata que me cobra 500 pesos la noche, me dijo que hoy quiere ir a ver su hijo. Le pedí que hagamos lo nuestro y después se vaya, que hoy quiero dormir solo. En esta Habana, este invierno, este último día del 2009, pienso que quizá la petición de Rebeca hubiera sido un salvoconducto para el resto de mi vida. No lo sé. Desde esa llamada hecha por Phill hay algo que me rompió por dentro, algo que va acompañado de esta moneda, unida a mí desde ese viaje hasta hoy.

Empaqué, me despedí de mis amigos, cruce la frontera hacia China y me dirigí por tierra a Hong Kong, sitio por ese entonces bajo dominio inglés. Mi creencia era que sería más fácil hacer el viaje desde ahí. Las palabras de Phill eran claras y estremecedoras, Rebeca estaba muriendo. Cáncer, pensé. Ha fumado por 35 años. Cruzar a China no fue gran

problema por mi pasaporte norteamericano, el problema se presentó cuando llegué a Hong Kong, sospechosamente no había viajes directos a Estados Unidos. Así que debía pasar por Tokio o por Shanghái, de ahí conectar a San Francisco o Seattle y después volar hasta Boston. Nada lo suficientemente rápido para calmarme, claro. Y mi pesadilla se había vuelto realidad justo cuando desempacaba el borrador de un artículo de Francis Fukuyama que Roger Fieldington me había hecho llegar hasta Lao Cai, apenas dos semanas antes, para que lo revisara y pudiera tener un mapa político del momento. No sé bien cómo pero todas mis cosas habían llegado sanas y salvas hasta Hong Kong. Así que tomé dos decisiones. Conseguí los servicios de paquetería de DHL para mandar el grueso de mis cosas hasta nuestro departamento en Boston y decidí comprar mi boleto de avión pasando por Shanghái, pues Tokio me parecía un exceso innecesario. Viajaría hasta Seattle y de ahí hasta Boston. Lo había decidido.

Llegué a DHL y mandé mis cosas desde Hong Kong hasta Lincoln Street en Boston, Massachusetts. Tomé un descanso, comí algo estilo occidental, hablé a la embajada de Estados Unidos, compré mi boleto a Shanghái y fui a dormir al Hilton. Al día siguiente volaba. Con ese vuelo mis incertidumbres crecían. Desde mi habitación llamé a Rebeca y finalmente me dio la certeza: —Miguel, tengo cáncer, no había podido decirte, no quería interrumpir tu trabajo.

Enfurecí. Lloré. Respondí: —¿Cómo te atreves a ocultarme algo así? Ahora entiendo por qué tu estudio sobre los Hopis no fue concluido. ¿Desde cuándo me ocultas esto?—.

El silencio se abrió entre nosotros como un abismo que ahora se volvía menos estrecho, abismo de años dedicados a nuestros

proyectos antropológicos: —Joder, Rebeca, desde que vivíamos en Barcelona no había sentido tanta falsedad de tu parte, ¿qué pasó contigo?—Cálmate, respira, sé fuerte. ¿Cuánto tiempo tardas en llegar? No sabía cómo decirte. —Voy en camino, pero paso por Shanghái. Llego en un par de días, seguimos en contacto —colgué y de inmediato me entró una náusea que me condujo al baño a vomitar. Después fui al bar y tomé un whisky junto con mi cena. Volví al cuarto y dormí.

Cuando llegué a Shanghái, con todos los inconvenientes posibles en un país como China, la recepcionista de Continental me atendió como nadie. Su voz era cálida y cordial y sin ser tan evidente notó mi estado de ánimo cabizbajo. En un inglés poco convencional me preguntó: —*What's the matter?*

Sólo murmuré "*my wife is dying*", de una forma quizá ininteligible. Su gesto dijo lo contrario. Incluyó la mirada y metió su mano al interior de su bolsa. Estaba apunto de cruzar de nuevo el Pacífico, también estaba desesperado. Ella me entretuvo un momento, me hizo entender con sus gestos que había comprendido que mi esposa estaba muriendo. De pronto, dijo reiteradamente "*your hand, your hand, your hand*", y no supe qué hacer, pero extendí mi mano en frente de ella. Sonrió y depositó lentamente un abalorio en mi palma. "*Lucky coin*", dijo, "*and ancient*", finalizó. "*For you*", a la par que me entregaba los restos de mi documentación. Cerré mi puño, guardé la moneda junto a los papeles en mi cartera, le di las gracias y sonreí. Salí de ahí, sorprendido antes de mi travesía de 23 horas hasta Seattle. Ingresé al avión D3549X7 de Continental Airlines con destino a la ciudad de Seattle. Eran las 6:50 de la tarde de fin de año, ese 1989. No pensaba en nada más que en los motivos de Rebeca para no decirme nada acerca de su padecimiento.

El coraje no me permitió hacer otra cosa más que pedir un whisky tras otro hasta la cena. Después caí dormido y sólo desperté cuando sirvieron el desayuno. Algo estaba roto en mí y empezaba a crecer.

En La Habana he pasado unos días desoladores. La compañía de Laura me ha hecho sentir menos triste, pero no puedo olvidar a Rebeca. Estoy aquí, donde Becky y yo celebramos nuestra luna de miel y sólo pienso en ella. Abro mi cartera y pongo en la mesa la moneda de Shanghái, esa de 1989. Empiezo a llorar. La borrachera no me deja lugar a dudas y termino recriminando a mi difunta esposa sus motivos para ocultarme que tenía cáncer. Me remuerde pensar en lo que quería pedirme antes de morir. Quizá eso habría cambiado el resto de mi vida. Además, la rotura en mis adentros no cicatriza, no es más que una cavidad profunda de dolor y tristeza. He perdido todo menos mis cintas vietnamitas, que por la mañana le mandé a Phill por paquetería junto a una carta. El departamento de Boston lo vendí y con el dinero me he dedicado a la borrachera. Si hubiera sabido lo de Rebeca, si me hubiera quedado en Lao Cai, si hubiera hecho mi etnografía sobre la invasión china en Vietnam. Quizá no habría dejado de amar la antropología, de amar la vida. A quién le importa. Sólo sé que Laura está en la tina, esperando a que vaya y tengamos sexo. No puedo dejar de pensar en Rebeca. Era mi vida. Lo único que ahora me une a ella es esa moneda oriental, esa *ancient coin*. No pude llegar y ver de nuevo a Becky. Murió unas horas antes de que tomara el avión hacia Boston. Hoy en La Habana no quiero olvidarme de nada, no puedo. Voy al baño, le digo a Laura que se vista y se vaya. No quiero saber más de los placeres del mundo. Ella finalmente se va. Tomo la moneda de Shanghái. Me dirijo al

balcón y la arrojó al mar. ¿Qué dolor inmenso se levantó estos veinte años dentro de mí? ¿Si hubiéramos tenido hijos habría sido diferente? Igual que hace veinte años hoy no celebraré el año nuevo. En pocos minutos emprenderé un nuevo vuelo. Seré un cuerpo que se estrella contra el acantilado.

Rómulo Pardo Urías nació en Hermosillo en 1981. Afinador de metáforas, lector de Ignacio de Luzán, *videoperformer*, bloguero y guitarrista. Ha publicado algunos textos aquí y allá. Tiene varios años sin regresar al amor. Es cocinero, escritor y cinta negra retirado. Su actividad literaria es bastante dudosa, pero intenta armar una estética impertinente. Su búsqueda formal es como un graznido de ganso: estridencia y chillido. Es autodidacta enteramente.
codicebabel@gmail.com

LA NIÑA DE LA CAJA BLANCA

Carlos Javier Aguirre Valderrama

En la tarde de un día del mes de julio, al pasar frente a una institución de seguridad social, nos llamó la atención que dos hombres no podían meter a la cajuela de un taxi un ataúd blanco. Quitaron el asiento trasero y volvieron hacer el intento de meter la caja. Todo esfuerzo resultaba inútil. Concho Hernández, mi ayudante, me pidió permiso para ir a ver. Y al llegar, cortésmente les dijo:

—¿Les puedo ayudar en algo?

—¡En esta caja llevo el cuerpo de mi hija! Pero no cabe en el vehículo, si pudieras llevarlo en tu camioneta me harías un gran favor —dijo el padre de la niña.

Concho volvió a la camioneta y me comentó:

—Don Jacinto, dice aquel hombre que si podemos llevarlo con su caja a un rancho que queda por el camino de Xichu.

—¡Claro que sí! Nuestro trabajo, por el día de hoy terminó.

Una lluvia torrencial oscurecía el camino y dificultaba ir deprisa.

—En la próxima cueva a la derecha te estacionas, lo más cargado al cerro, para que los camiones tengan espacio y puedan pasar —dijo el padre de la niña.

Concho se quedó en la camioneta mientras el papá de la niña y yo empezamos a subir por una vereda cargando la caja blanca.